UN DRAMA SECRETO.

Tomé en el despacho una banqueta, billete núm. 40.326, verde, y subí al coche.

Como si sólo hubiera esperado á que yo montara, el vehículo dió, en haciéndolo, inequívocas señales de vida. Sonó primero un pito, luégo una corneta, después otro pito, hizo el tren un ligero movimiento de retroceso como el que se dispone á dar un salto, é inmediatamente comenzó á andar, no como quien sabe de la compostura con que sombrero. se debe ir por sitios poblados y quiere demostrar que él es tan urbano como cualquier otro tranvia.

Encendí muchas cerillas para ver de en--cender un cigarro, y me dejé ir á enterarme de la gente que iba en mi coche.

Una parte de ella iba á bañarse al Sardinero, la otra á la Magdalena.

Vo no los había visto ningún otro día, pero les conocí en la cara el rumbo que cada uno llevaba.

Los que van á la Magdalena tienen un aire más tranquilo, más reposado; no se les conoce á lo que van más que en el lío de ropa que llevan á la mano; por la expresión de la cara lo mismo podían ir á darse un paseo ó á encargarse unas botas.

Los del Sardinero tienen otra facha, y llevan pintada en el rostro la satisfacción del miedo vencido, ó la justa altivez del que va a acometer una gran empresa. Los más débiles muestran esa resignación del que marcha á recibir una paliza que no puede evitar.

Los primeros van á lavarse, los otros á darse de sopapos con un enemigo, á arrancar al mar, tras de cruenta lucha, una medicina que él parece no quererles dar graciosamente.

Así es que los unos no hablan del baño, sería pueril, y los otros cuentan muchas cosas, unas verdad y otras tampoco.

En un banco f. ontero del mío, pero separado de él por otros dos departamentos, iba una damisela casi vestida de hombre, con cuello almidonado, corbata y chaleco, traje y sombrero sin adornos, zapatos amarillos y gran sombrilla.

Me pareció al principio guapa, y en cuanto me hubo mirado, guapísima.

Así se lo dije.

Para entonces el tren, olido ya el escabeche aquel de la fábrica de Puerto-Chico, había echado á correr huyendo de que á alguno de los viajeros nos entrara gana de bajar á probarlo.

Yo no quitaba ojo á mi compañera de viaje, y ella ponía ya en mí los suyos mucho más á menudo que al pasar por las calles.

Al llegar el cruce, para no hacernos molestos el uno al otro con tanta mirada, hicimos que nos distraíamos viendo la gente que venía en el otro tranvía.

Puesto de nuevo en marcha, me declaré á ella-no á la marcha, sino á la niña-y me dió esperanzas.

Y en la Maydalena tanto lloré que me perdonaron, es decir, me dijo que sí, y fijamos la boda para de allí á dos minutos, la cual tendría lugar en la capilla del Sardi-

Asistieron á la fiesta todos los que iban en el tranvía; la locomotora pitó tres veces en señal de júbilo, los conductores entonaron en sus respectivas cornetas la Danza de · las bodas de los novios de Cachemira, y, terminada la ceremonia, emprendimos el viaje de novios, corto como debe ser, nada más que hasta la estación que ya desde allí se veia.

Decidimos viajar de incógnito por la galería, como si no tuviéramos nada que ver uno con otro.

Mi suegra, único viajero del tranvía á quien no habíamos convidade á la boda, pareció ncomodada al enterarse de ella, y no era cosa de que nos armara un escándalo en público.

Mi esposa se bañó, y yo la esperé arriba. ¡Qué guapa estaba después del baño, con los pelucos mojados que se le pegaban á las sienes y al cuello, abrigada con su americana varonil, paseándose impaciente por el vestíbulo de la galería en espera de la reacción anhelada!

Volvimos á subir al tren con objeto de regresar á Santander, y quedamos ocupando Ppróximamente la misma posición que antes.

A mi lado, y cuando ya íbamos en marcha, tomó asiento un caballerete muy bien

MISCELANEA SEMANAL DE EL ATLANTICO.

HOJA XXXI.

SANTANDER.—LUNES 16 DE AGOSTO DE 1886.

vestido, cuello encarnado y pechera verde, americana como un ruso y pantalón como -á lo tren, sino majestuosa y reposadamente, dos rusos, nada de tacón y muchísimo de

Este tal empezó á mirar á mi mujer.

Y yo me empecé á sentir inquieto, temiendo que sus respectivas elegancias se comprendieran, y que la moda, de cuya diosa eran ambos tan dignos sacerdotes, los viniera aún antes que el mutuo afecto.

Aprovechando la ocasión de pasar por delante de la ermita de San Roque, tuve á bien, por si aquella nube acababa en tormenta, recordar á mi mujer los deberes de una buena esposa.

Pareció comprenderme, é hizo que miraba el paisaje.

Sin embargo, al llegar á la Magdalena me pidió perdón...; Malo! sólo el culpable pide esas cosas.

Yo fuí inflexible, y me dí á imaginar una venganza digna del Moro de Venecia.

Pero no daba en ella, y me desesperaba. Porque yo la quería pronta, inmediata, que tuviese lugar antes de llegar á Santander, que los viajeros que venían pudieran ya entretener con su relación y comentario la hora de la próxima comida.

En San Martín notó Yago-lo único que yo había conseguido era ponernos motes á los tres-que no tenía cigarros, y yo le dí media cajetilla...

¡La caridad de un alma noble es flor que no marchita ni el viento de la ofensa!

Y después de hacer esta frase parecí quedar más tranquilo.

menos que podía hacer para salvar el decoro rios. de mi nombre.

Porque ya me encontraba sin fuerzas para vengarme. ¡Era ella tan bonita, y le sentaba á él tan bien aquel correctísimo cuello de puntas vueltas!

Quedó decidido que nos separaríamos, y entonces jay! comprendí lo que ella me había querido.

En la primera parada que hizo el tren, ella descendió á tierra, y mis codiciosos ojos la vieron aun durante un rato ir salvando calles en busca de la casa donde tienen establecido su piadoso asilo las Hermanitas de los Po-

¡Se retiraba á un convento!

Ya no quise ver más... ¿Qué me esperaba ya en la vida sino llanto y miseria eternos?

Y me arrojé con el fardo de mis penas ATLÁNTICO...

(Ya en los arcos no hay peligro en arrojarse, porque el tren va muy despacio.)

Pues todo eso pasó tal como lo cuento; y todavía hay quien niega el lenguaje de los

CASA-AJENA.

ENTRE BASTIDORES.

EL REPARTO.

viéndole á él, no se olviden de ella; porque está seguro de que si no visitara el saloncillo, aprovechando cualquiera ocasión para hablar de su asunto, la obra no se representaría jamás.

Al fin, una noche le dice el primer actor: -Ya tengo ahí eso.

Ahí significa, ó quiere significar, su cuarto; y eso es la obra sacada de papeles, según la frase que en el teatro se emplea, y que todo el mundo sabe lo que trata de expresar.

Pasan ocho ó diez días, y á veces quince ó más, y otra noche encuentra el autor en uno de los pasillos á Pérez, que, aunque va corriendo á la escena, se detiene un instante y le dice:-Vete á mi cuarto cuando se acabe esta pieza, que tenemos que repartir esa cosita para ensayarla mañana.

¡Gracias á Dios! No haya cuidado de que el autor falte á la cita: probablemente dejaría de asistir mejor á la que le prometiese la señora de sus pensamientos.

Terminada la pieza, se reunen Pérez y el autor en el cuarto del primero, cierran la puerta con llave, que todas estas precauciones parece que son necesarias, coge cualquiera de ellos un legajo voluminoso que está sobre la mesa, toman asiento y empiezan á repartir.

El autor, lápiz en ristre, se dispone á escribir sobre la cubierta de cada papel el nombre de la actriz ó del actor á que haya de ir destinado, y Pérez, abriendo el ejemplar original de la comedia por la primera hoja, principia á leer los nombres de los personajes que en ella toman parte.

-Gabriela... ¿Quién hace esto? pregunta Pérez.

-Pues ¿quién lo ha de hacer? responde el autor, Pepita; si es la dama de la obra.

-¡Hum! replica Pérez, me parece poco papel para ella, y dudo que le quiera aceptar. -¿Y á quién vamos á dársele?

-Ya veremos; por de pronto suplicasele. Yel autor escribe en la cubierta del papel: «Srta. Paredes.—Suplicado.» Este suplicado equivale á decir:-Ya sé que el papel vale poco y que Vd. merece mucho más; pero siendo precisa la cooperación de Vd. para que la obra se salve, la pido humildemente que no

deje sin garbanzos á mifamilia. Pero volvamos al reparto. Continúa Pérez leyendo: «Angela»... Oye: ¿qué Angela es ésta? No recuerdo.

-Una niña de quince años: la hija de don Pantaleón.

-Bueno, pon Sra. Belenes: te lo hará muy

-Hombre, yo había pensado en la Tiberios: la Belenes está demasiado gruesa para representar una niña de quince años.

-Bueno, eso es ahora por su estado... -Razón de más.

-No seas tonto: ¡cuando yo te digo que estará perfectamente en el papel!... Vaya, vaya, escribe Sra. Belenes, y adelante.

primera etapa regañe con Pérez, que tanto les dan algo, son los racionistas. El que alpuede perjudicarle si se pone á ello. Además, canza un papel, así no diga más que «el co-Entonces pensé en proponer á Desdémo- que aparte del estado... crítico de la Belenes, che espera á los señores», no dejará salir al na una separación callada, sin escándalo, lo apenas hay diferencia entre ella y la Tibe- autor del teatro sin darle las gracias por la

> -Doña Rosalía, añade el primer actor; esto sí que no sé quién lo va á hacer.

-¿Cómo que no? La Perales.

-¡Quia! Con las pretensiones que tiene no se pone ella á estudiar un papel de pliego y medio.

-¿Y si se lo exige el empresario?

-Es capaz de romper la contrata y marcharse. Mira, lo mejor será que se lo pidas tú por favor.

-Bueno, se lo pediré.

-Corriente, y hasta ver lo que dice dejaremos el papel aparte.

Se hace así, y continúa el reparto en los mismos ó parecidos términos que hasta aquí, es decir, tropezando con iguales dificultades y haciendo en definitiva todo lo que al primer actor le da la gana.

Sin embargo, acaban la operación, se llama á un empleado del teatro conocido con el nombre de avisador, y encargado de este y otros menesteres menudos, y dándole el montón de papeles copiados, le dice Pérez:-Distribúyalos Vd. por los cuartos de los actores: es la comedia que se va á leer mañana, y que ahora mismo acaba de repartir el autor.

Del cual autor empiezan en este mismo instante las verdaderas fatigas.

Lo primero que tiene que hacer es visitar rasga el leve vapor de la neblina, á la Perales para pedirla por favor que acepte el papel que la destina. No logrará jamás el grave arreo de la armada nave. hablarla á solas, y se ve precisado á exponerse á sufrir un desaire delante de testigos, El autor acude todas las noches al teatro generalmente autores también, y, por lo codonde tiene admitida una obra, para que, mún, envidiosos y ávidos de jugar una mala en negra faja el blanco batiporte, partida á un compañero.

Entra el misero pretendiente en el cuarto de la mortal pelea, de la artista, y medio en serio, medio en broma, bien que elogiándola mucho, la expone su pretensión de buenas á primeras.

Lo primero que hace ella es indignarse. -«No se acuerda Vd. de mí más que para darme papeles que no quiere admitir nadie; ¿qué tal será el de ahora cuando Vd. mismo confiesa que es malo, supuesto que cree que no le puedo aceptar más que haciéndole á usted un favor personal?

El autor vuelve á los cumplidos, con sus dejos de súplicas. El papel no es malo; pero la actriz es tan superior, que no se escribe ninguno á la altura de ella.

-Gracias, gracias; pero á mí no me calientan los piropos: obras son amores...

-De lo que yo trato, añade el autor, es de que Vd., al leer el papel, no se fie de la primera impresión, porque si, antes de estudiarse bien, parece insignificante, estoy seguro de que, interpretado por Vd., será uno de los de más fruto de la obra.

-Pero ¿cree Vd. que, dada mi categoría, puedo yo salir á escena á decir cuatro palabras? Apelo á Vd. mismo y á estos señores, que son todos ellos amigos de Vd.

Los amigos se sonrien maliciosamente, y

mand solute between the day of the day of the part of the parties of the parties of the day of the

callan: verdad es que el autor en berlina, temiendo que hablen, vuelve á la carga con mayor brio. Al fin, la Perales, si está de buen humor ó

el suplicante la es simpático, suele acceder á lo que se la pide, bien que siempre exclamando:--¡Que digan luégo que soy vanidosa y discola!

No han terminado con este triunfo los trabajos del infeliz. Cuando sale del cuarto de la Perales, le grita la Belenes desde el suyo:-García, haga Vd. el favor de entrar aqui un momento.

Entra, y salu da respetuosamente; también este cuarto está lleno de amigos.

-¿Es de Vd. la obra que han repartido es-

ta noche? pregunta la Belenes. -Sí, señoras contesta el autor.

-¿Trabaja la Paredes?

-Sí, señora.

-¿Y es su papel mejor que el mío?

-¡Quia! No, señora. Vale el de Vd. cien veces más.

-¡Ah! Bueno.

-En seguida la misma conversación en el cuarto de la Paredes. Sólo que allí tiene que decir el autor que el papel de la otra no vale tres cominos, y que la Paredes será la única que arrancará aplausos la noche que se estrene la comedia.

Con los actores le sucede al autor lo mismo, sobre poco más ó menos. Para estos asuntos, todos los que toman parte en la representación de una obra dramatica son... senoras.

Los únicos que no dicen una palabra ni protestan, y que, lejos de eso, se muestran El autor obedece: no es cosa de que en la | alegres y satisfechos con lo que les dan, si protección que le dispensa.

En cambio, ninguno de los que han pedido explicaciones al autor acerca de sus respectivos papeles quedan satisfechos con las recibidas. Todos dicen:-Mañana veré lo que tengo que hacer.

Dicen mañana refiriéndose á la lectura y paso de papeles.

Del que, si Vds. no se oponen, hablaremos en el siguiente artículo.

S. DE TRASMIERA.

ÉPICO A LA CAMPAÑA DEL PACÍFICO.

Empresa sin igual. ¡Terrible empeño! ¡Cinco buques endebles de madera, que tripulan leones castellanos, en cuyas almas, de arrogancia fiera, la patria vive y el honor es dueño, van á arrostrar serenos frente á frente el proyectil ingente de esas modernas máquinas de guerra que ampara tras su muro prepotente de férreas torres el blindaje en tierra!

Luce esplendente el sol; la brisa suave y ven desde la próxima marina Calados los agudos masteleros, la jarcia que en el mástil culebrea, las vergas arriadas y teñido claros descubren los intentos fieros que así demanda tan solemne porte.

Con golpe lento la encorvada aleta del hélice robusto el mar azota, y va gallarda la española flota surcando unida la llanura quieta, que aleve encubre en su cristal tranquilo de horrendos artificios el estrago, como oculta la muerte el manso lago en que vela traidor el cocodrilo. Flotantes miras, para el golpe cierto, y entrelazados cables la arribada defienden sobre el puerto, denunciando á la vez las espantables máquinas de torpedos bajo el agua, con que enemiga mano la destrucción y el homicidio fragua. Pero acumula en vano de tales armas la terrible copia con que suplir de su valor la inopia; aunque la vía libre hora perdida abrir podrá á las naves un abismo, nunca el mortal temor halló guarida en el pecho en que alienta el heroismo.

Al señalado puesto, izadas hasta el tope las banderas, gobierna cada buque en fría calma;

y al ver absortas su marcial apresto, las hurras de las naves extranjeras son de su arrojo merecida palma. El cañón español rompió el combate, y apenas su estampido llenó del aire los espacios huecos, por otros cien cañones repetido; sonó el fragor en los lejanos ecos; certero el proyectil los muros bate, cuyo espesor al enemigo escuda, y en trozos se derrumba la muralla, y por doquier que la granada estalla la boca queda del contrario muda.

El aire hiende con horrible ruido esa masa de hierro aterradora, que, invisible como él, lleva en su seno del huracán el hórrido silbido y la gigante fuerza destructora. El formidable trueno de colosal cañón la da su furia, y afronta el español, con faz tranquila, de aquel fragor el imponente alarde, de aquel monstruoso proyectil la injuria, que cuanto llega á herir tanto aniquila, sin que vacile el corazón cobarde.

Denuedo tan sublime pudo sólo inspirar el alto aliento que arrostró sin cejar el golpe insano con que la muerte su furor esgrime contra uno y otro débil bastimento. De adversa suerte la iracunda mano el hueco proyectil segura guía que á la Villa dejó sin movimiento; y al chocar en la fuerte batería, con estrépito estalla, y treinta hombres destroza fulminante, descompuesto en mortifera metralla. En tan supremo instante, á la congoja y al temor ajeno, el bravo capitán (1), con voz de trueno, que infunde al equipaje su entereza, las velas larga para hacer cabeza mientras conserve el buque la arrancada; y con valiente brío, antes que sufra al amainar desvío, contesta el retumbar de su andanada.

Émula digna de valor tan alto, al ver al buque de gobierno falto y la enorme avería que le hace inútil ya para la ofensa, del puesto del combate se desvía, !lena de abnegación, la Vencedora (2); no en el peligro á que se expone piensa, y en medio de la nube destructora de proyectiles, que el contrario lanza, hasta la Villa de Madrid avanza; con difícil maniobra en lances tales el remolque cobra, y se la ve, por fin, salir ilesa de la arraigada empresa, y de su triunfo con razón ufana, poner en salvo á su valiente hermana.

Y sólo pudo ese gigante aliento, en cuyas alas á la gloria vuela el marino español, vencer la suerte de aquel fatal momento que tuvo á la fragata Berenguela (3) sobre el profundo abismo do la muerte.

De un proyectil monstruoso el golpe cierto su casco perforó de banda á banda, y al hondo mar aquel camino abierto sólo restar podía la gloria de morir en la demanda. Pero halló nueva fuerza en su energía aquella muchedumbre de leones, y trasladando á brazo los cañones sobre el costado opuesto, á la vez que extinguía en el sollado el incendio causado por otro enorme proyectil funesto, á sí misma excediéndose en bravura, salvó la nave en situación tan dura. No puede justa idea dar de valor y acción tan extremados la frase débil de sutil lenguaje; sólo intérprete sea el honroso y legítimo homenaje que, por noble pasión entusiasmados, con sus hurras y bravos lisonjeros la rindieron los buques extranjeros.

¿Y quién pudo inspirar el rasgo insigne de alto valor y abnegación notoria —que no cuenta la historia página alguna que otro igual consignedel heróico jefe de la Almansa (2), al sacrificio pronto de su vida, que por baldón de guerra fratricida en la fosa descansa? De un hueco proyectil al estallido sigue el incendio en un pañol prendido, que amenaza funesto invadir de la pólvora el repuesto para la escuadra entera; y una vez y otra vez ¡angustia fiera! del peligro le avisan inminente de que invada el pañol de municiones el incendio creciente; y desoyendo timidas razones, al temple ajenas de su pecho grande, —In útil es, contesta, que demande inundar el pañol la aciaga suerte

(1) D. Claudio Alvar González. Mandaba esta goleta B. Francisco Patero. Erasu comandante D. Manuel de la Pezuela. (4) Victoriano Sánchez, muerto por una granada de una batería carlista al frente de la costa de Vizcaya.

por conservar del existir los lazos: lo que al deber y á la honra aunados cuadra es volar en pedazos antes que por temor de digna muerte anegar los cartuchos de la escuadra.

ADOLFO DE LA FUENTE.

(Se continuará.)

HOJAS.

¡Horrible tarde de otoño, triste el cielo, triste el alma!... Tranquilo y solo está el mar, tranquila y sola la playa. Hasta el peñón de la costa mansas las olas resbalan rizando apenas sus crestas la brisa al batir sus alas; y allá, á lo lejos, el sol hunde su disco en las aguas como en el mar de la vida se hunde el sol de la esperanza. En vano busca el espíritu algo que copie sus ansias; nada se atreve á turbar de mar y tierra la calma; todo en silencio parece, nada se oye, todo calla... ¡Así duerme el corazón tras de las grandes borrascas! Tranquilo y solo está el mar, tranquila y sola la playa... ¡Horrible tarde de otoño, triste el cielo, triste el alma!

Llega la noche oscura con sus misterios, en medio de las sombras pretendo ver el cielo aquel de dicha que busca en vano mi amante fe.

Sobre mis labios siento posar sus labios, de sus ojos azules noto el lucir, y su mirada inmensa, perdida y vaga, clavada en mí.

Pero aquel cielo y dicha, mirada y besos, disipa el sol dorado matutinal... Los sueños son instantes. ¡Quién ¡ay! pudiera siempre sonar!

LA ILUSTRACION

ES LA VERDADERA FELICIDAD DE LAS NACIONES.

ia guerra son los rasgos característicos de vencedora. una nación; cuando los encargados de administrar la justicia lo hacen con entera igualdad entre sus administrados, y los pueblos disfrutan los derechos que Dios y la ley les tienen concedidos, los cánticos de gozo y de contento de sus afortunados moradores resuenan en los confines más remotos y apartados de la tierra, y los nombres de aquellos mandatarios se hacen dignos de la inmortalidad.

Por espacio de muchos siglos ha soñado el hombre con la realización de ese bien tan suspirado; durante mucho tiempo ha creído que esa cumplida felicidad solo debían disfrutarla los pueblos libres é independientes, ó bien aquellos valerosos y aguerridos que con sus armas y legiones se hacen dueños y poseedores del mundo, ó bien aquellos, en fin, rices y favorecidos por la pródiga natura-

¡Pero cuánto se han equivocado los que así pensaran! ¡Cuán lejos se halla cada una de esas elevadas prerrogativas de constituir por si sola la felicidad de un pueblo!

Tendamos, sino, la vista á esas regiones del Asia; penetremos en el interior de la Tartaria, y hallaremos innumerables pueblos libres, sí, como el águila en los aires; pero envilecidos y pobres, sir civilización y sin cultura. Ved los kaaldmucos, esa pluralidad de pueblos nómadas que, habitando en míseras y mezquinas chozas, alimentándose de los más asquerosos y repugnantes insectos, pasan la triste vida errantes, sin patria ni hogar tranquilo, por las desiertas llanuras de aquella región polar. Son libres, sí; ¿y de qué les sirven los derechos de su ilimitada libertad si les falta la industria, el comercio, las artes y las ciencias, y carecen, por último, de los recursos más precisos para el material sustento? ¿De qué sirve la libertad á un pueblo sin religión y sin leyes, sin virtudes ni instrucción? ¡Ah! estos miserables seres son llamados por Richter envilecidos esclavos de su misma libertad.

Recorramos del mismo modo con el ilustrado viajero Humbolt las dilatadas orillas del Orinoco. Tendamos la vista sobre el territorio ocupado por los otomacos y farusos, y observemos con él, entre aquella grande y selvatica naturaleza, inmensidad de pueblos no! Ya era un pueblo corrompido y depravalibres, distintos en religión, en idiomas y en do, sin leyes y sin conciencia, sin restos de costumbres, que se alimentan de goma, tierra é insectos, que ignoran todo trabajo agrícola é industrial, y que son considerados como verdadera escoria de la ennoblecida humanidad. ¡Pueblos desgraciados! Pueblos que pasmáronse de estupor todos los pueblos, yacen sumidos en la más ruda ignorancia; desventurados testigos de la más dolorosa que vegetan sin conciencia, como el árbol del catástrofe que había llorado el mundo. desierto, en la selva en que han nacido; que

huellas de su existencia.

sus poderosas alas la dicha y la felicidad de la admiración y el temor. Sus leyes, vínculo eternos, y á cuya sombra benéfica han dor- que tauto la enaltecieron, fue vencida y humido descuidadas las más soberbias legiones | millada aquella noble y varonil matrona, cu tar, robustecerse y dar copioso fruto en el fe- eterno. raz y predilecto campo donde brilla el sol hermoso de la santa ilustración.

de la historia universal; busquennos intre sus pueblos el más valeroso y fuerte, el de mayores victorias, el de más gloriosos triunfos.

En primer término se nos presenta Roma, la señora de las gentes, la dominadora de la tierra. Vedla en el dilatado periodo de su brillante existencia, propagando por todos los pueblos del mundo sus leyes y sus costumbres, sus ciencias y su literatura; avasallando con el triunfo de sus armas todas las nacionalidades que existieran, y sustituyéndolas muy luégo con la gran nacionalidad romana, único ídolo entonces de admiración y respeto. Siempre sedienta de gloria, ya sonó desde su cuna con la monarquía del universo, y aquel sueño vaporoso de su infancia se realizó venturosamente en la época de la adolescencia.

La dominación de Roma se extendía desde Oriente hasta Occidente; los ecos atronadores de sus bélicos clarines resonaban como por mágico encanto en los confines del mun do; su civilización y su cultura hacían rápidos progresos; su pabellón nacional ondulaba en los más remotos climas, y todo estaba sujeto al coloso de los siglos.

El gran libro de su historia quedó escrito en duras peñas. Ved esos templos, calzadas, alcázares, acueductos, anfiteatros y puentes; contemplad esas obras maravillosas del arte, asombre de los edades, admiración de los siglos, que, cual mudos centinelas, viven y vivirán siempre para indicar al ilustrado viaje-Cuando la virtud en la paz y la bravura en ro las huellas indestructibles de su planta

> Pero si al reconcentrar en sí la vida entera del antiguo mundo vió la república satisfechas sus ambiciones políticas, y al ceñirse la diadema imperial juzgó eterno su poderío sobre las demás naciones, no por esto debió haber olvidado sus más sagrados deberes, ni destruído los principios santos de libertad é instrucción que el pueblo había disfrutado en épocas más felices.

> En el corto y doloroso período del imperio, las artes y las ciencias quedaron sumidas en el mayor abatimiento; sus filósofos y sus poetas, sus críticos y sus historiadores morían oscurecidos entre la mayor miseria; la unidad política de Roma estaba destruída por la disipación y envilecimiento de sus emperadores; y una vez rotos los lazos de la ilustración, único bien eterno de los pueblos, fué humillada y vencida la señora de las gentes, derrocado el magnifico edificio que á costa de tantos siglos se había logrado levantar, y satisfecha la divina justicia, que tenía decretado su total aniquilamiento para castigo de tantos crimenes.

A tal estado h abía llegado Roma bajo el cetro de aquellos tiranos que, prosternándose el pueblo ante las crueldades de Tiberio, ante las torpezas de Calíguia, ante la inercia estúpida de Claudio; afeminada la sociedad por impúdicos placeres; desvanecida por el fausto y la opulencia, y embrutecida por los sangrientos espectáculos de circos y anfiteatros, caminaba á paso firme á la más ruda

Así es que, una vez relajada y destruída la moral; corrompidas las costumbres; en continua oscilación las bases de la política, y postrado aquel espíritu guerrero que había domeñado al mundo, cayeron también por tierra los ídolos literarios de Roma, hallados, como sus antiguas tradiciones, por los pueblos más incultos. Desde aquel fatal momento, último suspiro de su agonizante ilustración, viéronse contrastados por opuestas nacionalidades, rechazados por los más contrarios instintos, y ahogadas sus esperanzas en aquel hediondo cieno de su afrentosa im-

Quiso alzar desde su lecho la frente que otros días era noble y laureada; ¡pero en vailustración; y en tan doloroso estado, á pesar de sus heroicos esfuerzos, sus armas ya no lucieron ni sus águilas volaron.

Murió Roma, y al hundirse aquel Imperio

Murió Roma, repetimos; pero su muerte duermen en sueño eterno, sin hacerse eco | fué la consecuencia legitima de su inmorali-

por la tierra como el apacible céfiro por la que próximamente duró la República, aundelicada flor sin dejar sobre sus hojas las que agitada por frecuentes revoluciones, extendió, sin embargo, su dominio por todos ellas de su existencia.

Y por qué estos tristes pueblos, excesiva- los países de Italia, destruyó valerosamente cierta parte del público conduce necesaria- los países de Italia, destruyó valerosamente cierta parte del público conduce necesaria- nidad. mente libres, independientes y bravos, son a Cartago, conquistó la España, la Grecia, mente a hacer que las reses pierdan faculta- nidad. las razas más envilecidas de la sociedad? la Macedonia, en fin, la mayor parte del des, haciéndose imposible toda suerte de luci-¿Por qué esa misma libertad no les lleva en mundo conocido, excitando con sus glorias que tanto necesitan? Lo comprendemos: la li- santo en la vida de los pueblos, eran sabias bertad por si sola, ese principio innato en el y prudentes, apoyadas, sobre todo, en la mocorazón del hombre, esa elevada prerrogati- ralidad y en la virtud. Así es que al separarva de las naciones cultas, ese árbol santo, de se de la senda que aprendieron al dominar cuyo inmenso follaje penden mil nombres sobre Grecia, y al perderse las costumbres sobre lecho de laureles, tan sólo puede bro- yo imperio sobre el mundo se consideraba

Es, pues, una verdad reconocida que con las armas y legiones no se conquista la felicidad. Roma fué grande, poderosa y fuerte; vedla ahora postrada ante la pujanza ruda Descorramos ahora el negro y tupido velo de Alarico y Ataúlfo, de Odeacro y Gensarico; vedla humillada y vencida; vedla amarrada al yugo de extrañas nacionalidades. ¡Justo castigo de sus vicios!

Había caído en el inmundo cieno de la más torpe impureza, y había perdido por completo su antigua y renombrada ilustración.

A. SARTORIO.

(Continuará.)

TOROS.

Hoy el cielo y la tierra me sonrien, hoy estuve en el Suizo con Mazón, hoy Frascuelo estoquea seis de Aizcorbe, ihoy creo en Dios!

Pasaron las corridas de las ferias, y con ellas pasó la desazón que sufrimos allí personas serias por mor del empresario y de er Mazón; hoy la esperanza invade las arterias y hace latir de nuevo el corazón, que en este mundo al cabo todo pasa, así se tome en serio como en guasa.

Ya las gentes invaden las taquillas y sueltan el parné como benditos, ya la afición nos hace mil cosquillas, ya se sueña con palmas y con pitos, ya se arranca un barbian por seguidillas sintiendo de la lidia los pruritos, ya todo se dispone á la jarana, ya se limpia Mazón la americana.

Ya las hembras de garbo, con desvelo preparan afanosas su prendido, y se disponen á tender el vuelo hacia palcos, mesetas y tendido; ya de pensar en semejante cielo me voy quedando yo descolorido, y hay hombre que embebido con la fiesta hace días no duerme ni la siesta.

Un señor natural de Valterrazos dice que los toretes son muy buenos, muy finos, muy bonitos, muy torazos, toros, en fin, como hechos para estrenos; él dice que ha cogido á dos en brazos que pesan treinta arrobas por lo menos; en cambio me aseguran otros puntos que acaso no las pensen todos juntos.

Más pronto hemos de ver lo que resulta, que ya las cuatro dan en el horario y contenta y felíz la plebe multa fija la vista allá en el escenario, (donde tuvo lugar la liz inculta del próximo pasado sectenario) confiando en pasar un rato al pelo aplaudiendo á Pulguita y á Frascuelo.

Treinta reales de mi vía! Nunca los podré olvidar. Ved lo que el pueblo decía viendo al maestro pasar: Un amigo.—Adiós, chulapo. Una chica.—No es muy feo. Una vieja.—Es muy reguapo. El Presidente.—Te veo. -¡Olé! dice un chico de Haro. -Salud, exclama un gachó. Un abonado-Es muy caro. El empresario.—Tableau.

Hizo ayer el despejo el Sr. D... etc., que montaba el brioso ... etc. también.

Arnuejo, toma un consejo: deja el sombrero y la faja y no hagas más el despejo, porque eso no siempre encaja y estás ya molesto, Arnuejo.

Lo cual que al ver aparecer al menciona. do caballero y declararse alguacil por derecho propio, exclamaba un caballero con vistas á diputado ó algo así: - En España nunca seremos nada mientras haya esta predisposición á los cargos civiles.

El señor Gobernador ocupaba el mirador, y sin duda distraído se vino muy bien vestido. El público lloraba de alegría al mirar la chistera del usía.

Mas silencio, que allá en la roja arena aparece BARRILO, y se queda la gente de faena con el alma en un hilo.

Rematando en los tableros salió el de Aizcorbe, que gastaba un terno oscuro y un par de cuernos que yo para nadie deseo.

Blando al principio de su vida pública, crecióse un tanto al hierro, como así lo demostró en cuatro varas que le puso Matacán, gueto una de ellas en los países bajos, y por allí cerca la otra. Tres veces mojó el Chuchi, bien en una ocasión y dejando otra plantada la puya en el cuerpo del toro, que se convirtió en tiesto portátil; la vara parecía al pronto un arbusto indígena en días de vientos contrarios.

Miguelito pinchó en una ocasión, sufriendo una caída que para ser improvisada resultó de mucho efecto. Pulquita estuvo oportuno caer de nuevo al ruedo, se dislocó una pata. con el capote. Tres potros cerraron á la vida el único ojo que llevaban al descubierto; el suf ida por el Peregrino, y la autoridad

unas ú otras defensas una compensación de las fuerzas que han perdido.

Medio par al cuarteo prende el Ostion y dos el Recaterin, abierto y designal uno de ellos, y superior el otro. El chico llegó andando, cuadrándose en la misma cabeza del

Seis pases naturales, dos con la derecha, dos altos y tres cambiándose, sufriendo una colada y un desarme, empleó Frascuelo para traer á cuentas á su enemigo.

Después atizó una buena estocada al volapié, tirando desde corto y por derecho. El trasteo fué una mijita movido.

Palmas. El diestro lucía terno lila con alamares de eso á que han dado en llamar vil metal.

MESONERO.

armadura, fué el segundo buey de la pasada cupiéndose el toro al sentir el hierro, un legislatura.

dos se vino, ó se fué, mejor dicho, sobre las taba más buey, si cabe, que sus antepasados mismas espaldas de la res.

¿Tendría el toro imán para atraer asina á Matacán? En este mundo pasan cosas raras, sobre todo en la suerte de las varas. Dos puso el Chuchí, sufriendo una caí

da, sistema Frediani, vamos al decir, so bre los dos pies naturales. Cirilo pincha sin novedad, y Miguelito cae

de pechos sobre la barrera en el único pullazo que metió. El piquero se retira lastimado á la enfer-

Dos pares designales de Pulguita, y medio

procedente de la acreditada casa Ramón López y Compañía, constituyeron la faena de rón cas algo mov das. Los niños entraron siempre al cuarteo.

Seis altos y dos medios pases fueron lo suficiente para que Frascuelo se dejara caer con media estocada al volapié, de las de superior calidad. Por más que la estocada resultase muy

buena, hemos de decir, en obsequio á la verdad, que el diestro se tiró fuera de suerte, saliendo por la cara del Mesonero. Durante la faena, el matador llegó con la

mano al testuz del vicho, sacando luégo la espada del cuerpo de su víctima; estas monadas ni las debe hacer jamás un diestro de nota, ni aplaudirlas tampoco nadie que se precie de buen aficionado.

El puntillero dió tres golpes y repique.

BRAGUETO, negro zaíno, era el tercer langostino.

Además usaba bragas, por más que, á juzgar por sus hechos, bien pudiera salir cor faldas y pañuelo, dicho sea sin ofensa de la

No quería salir del hogar paterno, por más que Frascuelo trataba de darle confianza metiendo el capote por la puerta de los guiente: chiqueros.

-Mira que yo me conozco y sé que no valgo para nada, decía el novillo con acento reposado, pero digno.

-Algunos caballeros valen menos, y tú y yo sabemos que á veces llegan muy arriba. -Saldré por darte gusto; pero ya veréis.

Y en efecto, la única virtud que Bragueto poseía era la de conocerse á sí mismo. Dos veces se arr.mo á Chuchi y á Mata-

cán, lo mismo que algunos se arriman en público á su suegra, por el qué-dirán.

Entonces prudentemente dispuso la presidencia viniesen Alonso é Hijos, (naturales de Palencia).

Y en efecto, después de un cuarto de horo parecieron las banderillas de fuego, y el señor Gobernador impuso una multa á la Empresa, no se sabe si por el mal servicio, por no embestir el toro, ó por no embestir el y... hasta el rabo. empresario, que es lo que parece más ló-

Salieron á parear el Panadero y Hierro, colgando éste medio par al revuelo de un rro á la res, y uno el Panadero en la misma

Y sin más, dispuso el usía que se tocase á matar, lo mismo que pudo disponer que tocasen á llamada y multa á la carrera.

El Sr. Presidente, sin duda, había oído tiros sin saber en dónde, y se figuró que cada extravío era una banderilla cuando menos. El país obsequió á la presidencia.

Algunos caballeros clamaban por D. Pedro, que es como clamar por todo lo clamable.

A pesar de esto, una niña pitillera para casa de los padres canturreaba á media voz y mirando hacia el palco presidencial la adjunta petenera:

Cada vez que paso y miro el palco donde vivió, me contento con la jaula y... le doy gracias á Dios.

Con dos pases naturales, uno alto, otro con la derecha y una media estocada al volapié, despachó Frascuelo al hoy ya finado Bra-

El puntillero á la primera.

Al cuarto le llamaban PEREGRINO y era negro zaino.

Seis varas puso Cirilo y dos Bartolesi. El toro, que era buey, y pacífico de necesidad, tuvo unas palabras con el caballo de Cirilo. Guerra dejó medio par al cuarteo. El bicho trato de colarse al callejón; y al

Los facultativos declararon grave la les ón otro no sabemos qué harían de él, pues le dispuse raslado al corral en los brazos

jamás entre las naciones cultas, y que pasan dad, de su corrupción. Durante los 500 años llevaban tapado con el consiguiente moquero. de algunos amigos de la casa, lo cual se effec. El toro quedó aplanado en este tercio de tuó, no sin que antes el Panadero clavase un El toro quedo aplanado en este terelo de par de palitos, lo cual que á muchas almas señor Presidente, no nos cansaremos de sensibles nos pareció ripuznante aquel espec. Señor Presidente, no nos cansarcinos de táculo, que venía á ser lo mismo que pegar repetir que el deseo de congraciarse con táculo, que venía á ser lo mismo que pegar per per de bofetadas á un pobre de pegar

CENTELLANTE

fué un bieho muy cargante. Era negro mulato, cobarde y timorato, cortito y apretado y chico y mal criado.

Bartolesi pincha dos veces. En una de las varas cayó contra los tableros y se partió... ¿Qué dirán Vds.? Pues la mismís ma barre. ra en dos pedazos.

> Emilio, si cualquier día te largan una pedrada, se hace el adoquin ceniza y no te sucede nada.

Cirilo clavó un puyazo de refilón. Con dos buenos pares al cuarteo cumple el Ostion, y Guerra sale del paso con un palito á la media vuelta.

Siete pases por lo alto, uno de telón, uno Negro listón, con bragas y bien puesto de cambiándose, media estocada al volapié, es. mete y saca y un descabello superior empleó Matacán metió el palo dos veces, y en las Frascuelo en la muerte de este toro, que es. y difuntos hermanos.

En este tercio de la lidia, el bicho saltó al callejón detrás del Pulguita, á quien vol. teó, llevándole en los cuernos durante alga. nos segundos. Por fortuna, la rotura de la taleguilla y una ligera rozadura en la frente fueron las únicas consecuencias de seme. jante accidente; fué un verdadero milagro que el buey no se quedase con el chico.

TABERNERO.

Negro zaíno, bragao y con muchos pies item más, blando y huído, aunque no le faltaba su mijita 'e cabeza.

Frascuelo obsegnió á la res con tres ve.

Tres veces arrima el palo Cirilo, cayendo, las tres veces por mor, sin duda, de que el hombre debe ser consecuente con sus ideas.

Bartelesi mojó dos veces, cayendo una v estando al quite Frascuelo, con mucha opor. tunidad por cierto; gran parte del públi. co no se preocupó gran cosa de la ocurren. cia, convencidos como estábamos de que, caso de hacer el toro por el piquero, el bicho tin sólo hubiera conse suido rompers un cuerno ó cosa así contra las espaldas del jinete. ¡Después de ver lo de la tabla!...

Par y medio á la media vuelta clava Ra. mon López, y uno el Recaterín en la misma

En el tendido de sombra brotó espontáneamente un orador que dijo alguna cosita que la distancia nos impidió oir.

Defendiéndose en las tablas llegó á la muerte el Tabernero. Sin embargo (y en nuestro humilde sentir), si Frascuelo hubiese pasado de cerca y con la mano derecha, tal vez le hubiese sido fácil meter un volapié en las tablas, que era lo que la res pedía, y con lo que no se hubiera deslucido, como lo hizo en la muerte de este toro.

La faena empleada por el diestro fué la si-

Cir co pases altos y un pinchazo á la carrera, saliendo de naja y acosado hasta verse

obligado á tomar el olivo. Cuatro telonazos y un pinchazo, en el queestuvo cogido.

Otro pinchazo en la misma forma.

Otro idem.

Otro en la barriga, lo cual, si á ningun matador se le puede tolerar, mucho menos à quien tiere un nombre como el que en el arte ha llegado á conquistarse Salvador.

Por fin, media estocada baja, saliendo acosado hasta los tableros.

Otro toro pidió la concurrencia, y otro toro nos dió la Presidencia.

Salió un bicho negro listón, corto y apretao de pitones. En el chiquero, sin duda, se había dejado el valor, el empuje, la voluntad, la cédula

De Bartolesi, Cirilo y Matacán tomó tres puyazos, después de alganos escrúpulos. Dos buenos pares al cuarteo prende Hie-

> Antonio Pérez (Ostión) acaba con su rabón

con un bajonazo hasta la mano, precedidode tres altos, tres naturales y uno cambián-

El matador, que escuchó muchas palmas, vestía de morado y plata.

Resumen.

El ganado, en general, malo; en particular, es decir, fijándonos en cada uno de por si,

Frascuelo muy bien hiriendo á los tres primeros toros, regular en los otros dos y desgraciado en el último. Con la muleta, asi así; es preciso rematar los pases, parar más los pies y mover más los brazos. En la brega, muy trabajador. Como director, algo

descuidado. Ostion, valiente y guapo en el toro que le vimos matar.

Los banderilleros, bien en general. De los picadores, ninguno. Caballos muertos... saquen Vds. la cuenta por lo que va dicho.

La presidencia se ha portado, en mi juicio, con decencia, salvo ciertos errores

La entrada, un lleno.

que siempre cometemos los señores. Por lo demás, lectores y lectoras,

cuenten siempre conmigo á todas horas. CEBILLA.